

# 38.- Emaús .

En torno a la mesa de tu invitación  
venimos con la mochila de nuestra vida,  
con nuestras vivencias, ilusiones y esperanzas,  
y también con nuestros problemas y preocupaciones.

Como aquellos colegas de Emaús,  
vamos rumiando también nuestra decepción,  
nuestro desánimo y desesperanza  
tras las ilusiones frustradas y los proyectos fracasados.

Traemos todo lo que somos y vivimos  
a la mesa de la fraternidad, del compartir y la acción de gracias,  
y con todo ello te alabamos diciendo:  
SANTO ...

Pero en nuestro andar taciturno  
nos encontramos con el caminante desconocido  
que se une a nuestro paso, se interesa por nosotros,  
comparte nuestras penas, ilumina nuestras dudas  
y acepta nuestra hospitalidad.

Y en el compartir sencillo y sincero  
se cumple el milagro del descubrimiento del desconocido,  
de la transformación de la realidad anodina en acontecimiento,  
de la ardiente reanimación del corazón,  
del deseado y gratificante encuentro comunitario.

Hay un antes y un después del sorprendente encuentro.  
El que parecía muerto y desaparecido está vivo y presente;  
lo que era chasco y decepción se hace fe firme y esperanza;  
lo que era camino de huida se hace retorno y compromiso;  
lo que era miedo, duda y desánimo se hace entusiasmo;  
lo que era soledad compartida se hace compañía y expansión;  
lo que era compartir casa, cena y noche se hace sacramento divino.

El humano y sencillo gesto de compartir  
se hace sacramento de presencia y de entrega.  
En este sacramento de partir el pan  
reconocemos la presencia de Jesús,

le reconocemos a Él como vivo y presente entre nosotros,  
que se nos da y nos da su vida.

Como en la cena anterior a su muerte,  
cuando, reunido con sus discípulos,  
**tomó el pan....**

Éste es el sacramento de nuestra fe,  
de nuestra fe renovada por el encuentro con Jesús,  
de nuestra fe compartida en el encuentro comunitario,  
de nuestra fe iluminada por la Palabra escuchada,  
y resonada en nuestros corazones,  
de nuestra fe animada a salir al encuentro con los demás  
y comprometida a anunciar la Buena Nueva de que Jesús vive,  
que está con nosotros y nos acompaña en el camino.

No quisiéramos perder este encuentro  
y le decimos con amor:  
“quédate con nosotros, la tarde está cayendo...”,  
y nos resuena el eco de su promesa:  
“Estaré con vosotros hasta el final”...”No os dejaré solos”.

Su ausencia aparente se hace presencia callada.  
Y se hace reto de descubrirle en cada caminante  
que va a nuestro lado,  
y compromiso de compartir camino y vida.

Haremos de cada casa un Emaús de encuentro,  
y en cada comunidad una Eucaristía viva,  
donde habita el Resucitado,  
donde se calienta el corazón para amar  
y para cantar una acción de gracias:

**POR CRISTO....**